

Sus pláticas suspende y su disputa.
 Bien que turbadas al mirar al conde
 Y al escuchar su acento,
 Levantándose al punto de su asiento,
 A su saludo cada cual responde.
 « ¿ Quién es » prorumpe el jóven generoso,
 « Quién el mortal infame
 « Que aquí sepulta objeto tan hermoso? »
 Débil la virgen, con amargo llanto
 Inundando su rostro de azucenas,
 Narrarle puede apénas
 Lo que veréis, si os place, en otro canto.

CANTO XIII.

Principio de la historia de Isabel. — Mata Orlando á veinte foragidos que tenian encerrada á esta princesa, y parte de allí en su compañía. — Fuga de la vieja Gabrina. — Melisa indica de nuevo á Bradamante los medios de poner á Roger en libertad. — Entra Bradamante en el palacio encantado. — Reunen sus batallones los reyes Agramante y Marsilio.

¡ Felices los antiguos caballeros
 Que en las selvas, los montes, los oteros
 Y en los riscos fragosos,
 Morada de las sierpes y los osos,
 Topaban con doncellas
 Tal vez mucho mas bellas
 Que las que en los alcázares hoy dia
 Ojo escudriñador hallar podria!
 En una cueva Orlando
 Encontrando, cual dije, á una doncella,
 De su dolor la causa inquiere; y ella,
 Gimiendo y sollozando,
 Con voz mas dulce aun que lastimera
 A decirle empezó de esta manera:
 « Señor, bien que segura
 « De acrecentar mi horrenda desventura,

« Pues cuanto aquí yo os diga, esa inhumana
 « A mi opresor ha de contar mañana,
 « A narraros mis penas me dispongo,
 « Y mi existencia con placer expongo
 « Al pensar que la muerte
 « Puede tan solo mejorar mi suerte.
 « Isabel me llamé; hija otro tiempo
 « Del rey desventurado de Galicia,
 « Hija soy hoy del llanto y la injusticia;
 « Que, al principio otorgándome mercedes,
 « Amor al cabo me envolvió en sus redes.
 « Viéndome jóven, noble, rica y bella,
 « Feliz me contemplaba;
 « Pobre soy hoy, envilecida esclava.
 « Óyeme pues, señor, y si acorrerme
 « A tu brazo no es dado, á tu alma al ménos
 « Permitido será compadecerme.
 « Por orden de mi padre un gran torneo
 « Celebróse en Bayona, hace ora un año.
 « De luengos y de próximos confines
 « La fama atrajo ilustres paladines,
 « Y de ellos, fuese del amor engaño,
 « O fuese realidad, Zerbino en mi alma
 « Por su gracia y valor llevó la palma.
 « Presa en su amor, dejé de ser ya mía,
 « Y, sin siquiera sospechar mi estado,
 « De mi ciega pasión hice mi guía.
 « A esta pasión correspondió mi amado;
 « Ni ocasiones ni intérpretes faltaron
 « Que de vernos y hablarnos cada día
 « La dicha á nuestro afán proporcionaron,
 « Y cuando, terminada ya esta guerra,
 « Y volviéndose el jóven á su tierra,
 « Vernos ya no podimos,
 « De eterno amor solemne fe nos dimos.
 « Si sabes qué es amor, de mi suplicio
 « Juzga y del sacrificio
 « De Zerbino, que tierno en ansia ardía

« De unir su suerte con la suerte mía.
 « Por esto, y no dudando que invencible
 « A nuestra union obstáculo sería
 « La variedad de fe, pues que cristiano
 « Es él y mora yo, pedir mi mano
 « A mi padre no quiere,
 « Que obtenerme prefiere
 « Con secreto y ardid. Presto una carta
 « De su designio instrúyeme, y añade
 « Que á conducirme adonde mas me agrade
 « Tiene un bajel dispuesto en Santa Marta.
 « En esto, de su padre orden le intima
 « Que del rey Carlos al socorro parta.
 « No pudiendo dar cima
 « Por lo tanto á su empresa, la encomienda
 « Al jóven Odorico de Vizcaya,
 « Doncel que en los peligros no desmaya,
 « En cuyo celo y amistad confía;
 « E hiciéralo en verdad con justos datos,
 « A no ser tanto el número de ingratos.
 « De mi estancia no léjos existía
 « Un jardín, circundado
 « Por la mar hácia un lado,
 « Y de verdes colinas hácia el otro.
 « Este siendo el paraje que mas apto
 « A proteger mi fuga parecía,
 « Llena de gozo en él me encuentro el día
 « Que propone Odorico para el rapto.
 « A media noche, pues, en compañía
 « De su gente saltó sin ruido á tierra,
 « Y hasta el jardín se vino
 « El mensajero de mi fiel Zerbino.
 « De allí, y ántes que nada
 « Se trasluciese en la ciudad, llevada
 « Al buque fui. De mi indefensa gente
 « Parte muerta quedó, parte cautiva;
 « De mi tierra nativa
 « Así partí, pensando en el instante

« Que iba á unirme por siempre con mi amante.
 « El cabo de Mongia
 « Doblado apénas el bajel habia,
 « Cuando, de negra nube
 « Las húmedas entrañas desgarrando,
 « Sopla el mistral infando
 « Que el mar revuelve y nuestro afan contrasta.
 « En vano al diestro lado y al siniestro
 « Tuerce el patron. Ni basta
 « Las velas todas recoger, ni el mástil
 « Sobre el puente tender. Mal grado nuestro,
 « Por el viento con furia sacudida,
 « En los peñascos que á Rochela cercan
 « Iba á estrellarse nuestra frágil nave,
 « Cuando, al mirar nuestro conflicto grave,
 « Al jefe el cielo sugirió una idea
 « Que no siempre con éxito se emplea.
 « Del buque salta, y éntrase en la lancha;
 « Háceme entrar con él; tras de nosotros
 « Entran luego dos mas, y de los otros
 « Ni uno quedara en el bajel siquiera
 « Si Odorico á su afan no se opusiera.
 « En la frágil barquilla
 « Salvos así llegamos á la orilla,
 « Desde donde un instante descubrimos
 « De nuestra gente y del bajel los restos.
 « Con ellos pronto sepultarse vimos
 « En las ondas del mar vestidos, oro
 « Y todo nuestro haber, nuestro tesoro.
 « Contenta, empero, yo con el consuelo
 « De poder abrazar á mi Zerbino,
 « Las gracias di reconocida al cielo,
 « Que me libró de tan fatal destino.
 « Por la desierta playa,
 « Buscando alguna casa, algun camino,
 « Con avidéz se explaya
 « Nuestra vista entre tanto vanamente.
 « Solo un monte se ve, de cuya frente

« Mece el viento la umbrifera guirnalda
 « Y á quien el turbio mar besa la falda.
 « Amor, ese verdugo
 « De la justicia y la razon, al yugo
 « De su antojo á Odorico sometiendo,
 « De su alma, en solo un dia,
 « Destierra la amistad y hasta el recuerdo
 « De cuanto bien á su señor debia.
 « Allí pues, fuese ya que desde luego
 « En su pecho Odorico aqueste fuego,
 « Sin osar declararlo, concibiese,
 « Fuese la soledad de aquel paraje
 « Quien tal resolucion le sugiriese,
 « Juzgando que oportuno
 « Es el momento para hacerme ultraje,
 « Piensa alejar al uno
 « De los dos que, con él y que conmigo,
 « El ímpetu enemigo
 « Evitaron del mar. Era este Almonio,
 « Que, en miles de ocasiones, á Zerbino
 « De su aprecio y su fe dió testimonio.
 « — Vè, dicele Odorico, vé á la villa,
 « Y conduce un caballo; que es mancilla
 « De nuestro honor sufrir que plantas tales
 « Caminen por aquestos pedregales.
 « Presto hácia la Rochela,
 « Que seis millas de allí tan solo dista,
 « Por el bosque que escóndela á la vista,
 « Sin nada recelar, Almonio vuela.
 « Compañero de infancia de Odorico
 « Y nacido en Bilbao,
 « Corebo se llamaba el otro jóven
 « Que escapó con nosotros en la nao.
 « No pudiendo alejarle,
 « Ni hallar en él oposicion creyendo,
 « Su propósito horrendo
 « Se decide Odorico á revelarle,
 « No dudando encontrarle mas dispuesto

« Que á seguir el camino de lo justo
 « A consultar de su señor el gusto.
 « Engañóle su afan ; que el buen Corebo ,
 « Noble y cortes mancebo ,
 « Furioso al escuchar esta propuesta ,
 « Su designio reprueba y contraresta.
 « Pronto uno y otro , con igual denuedo ,
 « El hierro sacan. Llena de congoja ,
 « Agujada yo en tanto por el miedo
 « Huyo de allí ; mas á Corebo en breve
 « Su aguerrido adversario al suelo arroja ;
 « Veloz luego persigueme ; me alcanza ,
 « Y , con ardientes súplicas , me brinda
 « A que á su amor mi corazon yo rinda.
 « Viendo empero que vana es su esperanza
 « Y en extremo tenaz mi resistencia ,
 « Recurrir quiere el monstruo á la violencia.
 « En vano del que adoro
 « La amistad le recuerdo. En vano lloro
 « Y á sus pies arrojándome suplico,
 « El bárbaro Odorico
 « Mi voz desoye , y , cual rabioso tigre ,
 « Cúpido me acomete. Yo dispuesta
 « A morir ántes que mi honor peligre ,
 « Hasta el cielo lanzando agudo grito ,
 « Sobre el pérfido , audaz me precipito ,
 « Y , á mis uñas y dientes recurriendo ,
 « Su barba arranco y su semblante ofendo.
 « En esto , conducidos
 « Tal vez por mis punzantes alaridos ,
 « Tal vez por su costumbre
 « De asaltar á los náufragos , del bosque
 « Salen súbitamente unos bandidos.
 « Odorico su empresa al verlos deja ,
 « Y , la espalda volviéndome , se aleja.
 « Del falso amigo de mi fiel Zerbino
 « A libertarme aquella chusma vino :
 « Así , tal vez , mientras á Caribdis huye ,

« Contra Escila la nave se destruye.
 « Pues si bien tan adversa
 « Mi suerte hasta hoy no fué ni tan perversa .
 « Que esa gente salvaje
 « Hacer osará á mi virtud ultraje ,
 « De su rapacidad y su injusticia
 « Me preservó tan solo su codicia ,
 « Que , vendiéndome pura ,
 « Es mayor su ganancia y mas segura.
 « Hace ocho meses y empezó ya el nono
 « Que en esta cárcel gimo sumergida.
 « La esperanza abandono
 « De verme nunca á mi Zerbino unida.
 « De mi impía suerte ya conozco el fallo.
 « Sabed , señor , sabed que estoy vendida
 « A un mercader que en breve
 « Conducirme al serrallo
 « De un soberano del Levante debe. »
 Mientras la dama , hablando así , renueva ,
 Y acaso alivia su dolor , con hoces
 Y con palos armados , dando voces ,
 Veinte malvados muéstranse en la cueva.
 En su faz torva un ojo solo lleva
 De esta caterva el bárbaro caudillo ;
 Del otro le privó golpe tremendo
 Su nariz magullando y su carrillo.
 Este feroz , al caballero viendo
 Sentado con la dama ,
 Hacia los suyos vuélvese y exclama :
 « Hoy , nuestras redes sin haber tendido ,
 « Un pájaro de cuenta hemos cogido. »
 Y al conde dirigiéndose , le dice :
 « Si mi afan sospechaste , ó por alguno
 « Mi antojo conociste
 « Del manto y de las armas que en ti veo ,
 « El instante oportuno
 « Es de que satisfagas mi deseo. »
 Alzase oyendo este discurso el conde ,

Y, con sonrisa amarga, le responde :
 « Armas cual estas, necio
 « No te vendiera un mercader al precio
 « Que te haré yo pagar. » Dice; y en humo
 Y en fuego envuelto, de la lumbre saca
 Grueso tizon: al malandrin ataca,
 Y entre una y otra ceja
 Le hiere con tal fuerza y tal enojo,
 Que de la vista el ojo
 Que miraba aun la luz, privado deja,
 Y su alma luego, de su audacia en pago,
 Envía de Quiron al turbio lago.

Sobre robusto y tosco pié yacia,
 En medio de la cueva, una gran mesa
 De dos palmos de gruesa,
 En torno de la cual toda cabia,
 Su jefe al frente, la caterva impia.
 Cógela el conde; y, sin mayor esfuerzo,
 Con la soltura extraña,
 Que tanto en el hispano se celebra
 Para blandir la caña,
 Sobre la turba arrójala. A cual quiebra
 Cabeza, pierna ó brazo,
 A cual el pecho, á cual el espinazo;
 Cual en el suelo magullado queda,
 Y venturoso aquel á quien no veda
 Este golpe escapar. Mayor estrago
 No hace grueso peñon que se desploma
 Sobre un haz de culebras
 Que ufano el sol de primavera toma.
 Sin cola parte una;
 Otra que, herida deslizarse quiere,
 Enroscándose en vano, al cabo muere;
 Y por la yerba, con oculto sesgo,
 Corre tal vez alguna
 Que evitar pudo su inminente riesgo.
 Los bandidos que el suyo conjuraron
 (Asegura Turpin que fueron siete),



Orlando y los siete bandoleros de la cueva. (T. I, p. 206.)

LIBRARY OF THE
 "ALFONSO DE LIS"
 LUGO MES GOVERN. MESA.

Su defensa á los pies encomendaron ;
Mas el conde los sigue y acomete ,
Los coge ; con un cable , sin fatiga ,
Sus torpes manos fuertemente liga ,
Y arrastrándolos fuera de la cueva ,
A un ramo , que prepara con su espada ,
Colgándolos para pábulo de cuervos ,
Al mundo purga de entes tan protervos .

Tal suerte al ver su cómplice la vieja ,
Los cabellos mesándose , se aleja .
Por ásperos parajes

Vagando así turbada y sin sendero ,
De un arroyo á las márgenes salvajes
Encuétrase por fin con un guerrero .

Mas contaros quien fuese aquí no quiero ;
Y vuelvo á la doncella
De quien cortes , hasta ponerla en salvo ,
Seguir promete el paladin la huella .

Sus mejillas de púrpura y de rosas
La aurora iba á mostrar , cuando con ella
Su marcha Orlando comenzó . Sin cosas
Que narrarse merezcan , juntos vagan ,
Y al cabo de unos dias prisionero
Hacia ellos ven venir un caballero .

Quien fuese ya diré ; que en este instante
A hablar voy de la bella
Que , triste y alligida , mientras en vano
Aguarda al caro amante
Vence en encuentros mil al africano
Que tala el territorio de Marsella ,
Mostrando así su esfuerzo , su heroismo
Y su amor por su pueblo á un tiempo mismo .

Mientras inquieta y llorosa una mañana ,
Llegar no viendo á su Roger , se afana ,
A su vista preséntase la maga ,
Armada de la joya peregrina
Cuya virtud logró cerrar la llaga
Que en el pecho del héroe abriera Alcina .